

Invasores e invadidos. Las ilusivas fronteras historiográficas de la construcción, la tecnología y la ciencia en Venezuela

Juan José Martín Frechilla
FAU-UCV

Resumen

Un acercamiento al “el estado del arte”—en términos historiográficos y desde una perspectiva personal— sobre el programa de investigación que intenta delimitar fronteras entre la construcción, la tecnología y la ciencia en Venezuela y que se ha venido desarrollando, a lo largo del tiempo, con esfuerzos sostenidos desde la Escuela de Arquitectura y el Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción-IDEC (FAU-UCV). Entre muchas otras, el trabajo pasa revista a cuestiones como: la constitución del urbanismo como disciplina diferenciada y su traumática búsqueda por alcanzar una raigambre científica, sus orígenes entre nosotros con la correspondiente evaluación de traducciones, trasplantes y asimilaciones; las obras públicas como materialidad de progreso o ideología de bien común; el papel del Estado, sus instituciones y los organismos de actuación, divulgación y control; el desarrollo de las disciplinas involucradas, arquitectura e ingeniería, en primer término, junto con el papel jugado por los funcionarios y sus agrupaciones profesionales, científicas o culturales.

Abstract

An approach to the “state-of-the-art” –in historiography and personal terms– about the investigation program that pretends to delimitate the boarders between construction, technology and science in Venezuela, carried through the last years and with the effort of the School of Architecture and IDEC (FAU-UCV). This paper reviews issues such as: urbanism as a different discipline and its traumatic search of scientific roots with the respective evaluation of translations, transplantations and assimilations; public construction as the materialization of progress or common wealth ideology; the role of the State, its institutions and organisms of promotion, control and actions; the development of the involved disciplines –architecture and engineering in the first place, along with its officials and professional, scientific or cultural groups.

En primera persona: antecedentes

Alentado por la frase final de la invitación a contribuir en este número extraordinario de *Tecnología y Construcción* —que exhortaba a tomar distancia, por una vez, de los “resultados de una investigación puntual” y presentar, entre otras posibilidades, “el estado del arte”—, me atrevo a acercarme al espinoso asunto que anuncia el título del artículo: una reflexión en términos historiográficos sobre la actualidad de las aristas del programa de investigación que nos ocupa. Varias son las razones que han convergido para aceptar la invitación pero la esencial es una deuda académica: el Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC) ejerció de catalizador cuando se trató de afrontar, desde la Escuela de Arquitectura, una carrera universitaria sustentada en la investigación como baluarte para la docencia y la extensión, según el modelo cristalizado, en tiempos de Francisco De Venanzi, por la ley de universidades. El modelo, que se amparaba en una organización académica de escuelas e institutos y resguardaba la investigación para estos últimos, había empezado su camino a finales de los años treinta del siglo XX cuando la Facultad de Medicina creó los institutos de Cirugía Experimental, de Medicina Experimental, de Anatomía Patológica y de Medicina Tropical. Sin embargo, las contradicciones entre el modelo institucional y el ideario académico afloraron desde el propio arranque de la Ley de 1958; de ello se encargó la Facultad de Ciencias, cuando los departamentos de sus escuelas hicieron de la investigación pivote esencial para el desarrollo de su actividad académica.

Descriptores:

Historiografía: Fronteras entre construcción; tecnología y ciencia en Venezuela

TECNOLOGÍA Y CONSTRUCCIÓN. Vol. 21-I, 2005, pp. 41-51.
Recibido el 22/06/05 - Aceptado el 18/01/05

Pero cuando en 1975 se creó el Sector de Estudios Urbanos (SEU), lo que en otras facultades ya había tomado cuerpo —con no pocas tensiones, es cierto—, se convirtió en una carrera de obstáculos en nuestra facultad. La investigación en el campo de la historia de la arquitectura tenía al Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas como nicho apartado dentro de la Escuela; la cuestión urbana era territorio de investigación del Instituto de Urbanismo, y quienes habían desarrollado investigaciones en tecnología de la construcción estaban estrenando instituto en el sótano de la facultad desprendidos de la escuela. Sólo la decidida voluntad de Teolinda Bolívar en la Coordinación del SEU en 1978 abrió los espacios necesarios para que el ideario académico de De Venanzi se impusiera sobre el modelo organizativo.

La posibilidad se constituyó alrededor del proyecto “La organización de la industria de la construcción en Venezuela. Componentes y relaciones” (INCOVEN), una investigación de largo alcance —con el IDEC como sede— que agrupó a profesores de los dos institutos y de la escuela (cf.: Martín Frechilla, en prensa). El Sector de Estudios Urbanos, luego de su primer concurso de oposición mostraba un especial interés por el tema de la construcción de la ciudad, por los procesos públicos y privados de producción, circulación y consumo que la impulsan, así como por la organización del trabajo —empresarial, comunitaria o individual— que la convierten en ambiente construido. Por su parte, el IDEC, cuyo papel promotor en la iniciativa fue determinante, tenía interés en constituir un grupo de investigación sobre economía de la construcción como marco de referencia analítico para los proyectos y la inserción de los productos ensayados en la Planta de El Laurel. Sus fundadores habían dado otra vuelta a la tuerca de la investigación y desarrollo (I&D) de sistemas constructivos y componentes industrializados decantando, ahora en la academia, las claves acumuladas de su experiencia en el Banco Obrero, con Diseño en Avance y el Programa Experimental de Vivienda (Lovera De Sola, 2005; Arellano Cárdenas, 2005).

Pero no todo giró en esos años alrededor del proyecto de investigación. Las afinidades en política académica iniciadas durante la Renovación entre los estudiantes de entonces —ahora profesores— convergieron en la candidatura a decano de Henrique Hernández, primero, y de Alfredo Cilento, después. La resistencia a ambas candidaturas y los argumentos utilizados para descalificarlas fueron, en mi caso, un detonante de similar contundencia al de la investigación como soporte de la carrera académica.

Algunas citas de un anónimo contra “HH Decano” vienen a cuento para aclarar este otro aprendizaje: “Hemos planteado la necesidad de recuperar las formas

significativas en esta nuestra ciudad, que debería ser construida a través de su Arquitectura” para contraponerla al “acto neutro de sumisión a la tecnocracia” sustentado y desarrollado “por el grupo de revolucionarios verbales que, largamente inhibidos del real proceso político nacional, se han refugiado en el ghetto de tecnócratas que con el eufemista título de INVESTIGADORES, ha usufructuado posiciones docentes en nuestra Facultad”. Luego de despacharse sobre “esa peligrosa corriente que se avergüenza de las legítimas preocupaciones estéticas del quehacer arquitectónico”, se reclama partidario “al servicio de la unidad funcional hecho urbano-hecho arquitectónico”¹.

Cuando al concluir el proyecto INCOVEN iniciamos el giro hacia la investigación histórica, tratamos de exponer en *Desde la arquitectura, la ciudad moderna*² los orígenes intelectuales de estas mezquinas afirmaciones. Allí comencé a tomar distancia de las disciplinas —arquitectura y urbanismo— para buscar refugio en la construcción territorial y urbana, no sin antes reafirmarme en la necesaria pluralidad de los enfoques profesionales que puede contener el título de arquitecto. Cuando acompañado del entrañable Alejandro Galbe pasó por mis manos en el Consejo de Facultad el proyecto para el Instituto de Arquitectura, recuerdo la cínica pregunta con la que inauguré el debate: ¿Para qué otro instituto de arquitectura si ya tenemos el IDEC?

Mas allá de la *boutade* de entonces lo cierto es que, tanto en la experticia para la investigación como en la definición intelectual para ir moldeando un programa particular en la Escuela de Arquitectura, el *ethos* académico encontrado en el IDEC de entonces fue determinante. Estos son los antecedentes, en clave agradecida, de la historia social de la construcción territorial y urbana de Venezuela desde finales del siglo XVIII a las primeras cinco décadas del XX; historia articulada a la de la ciencia y la tecnología en el país, bajo el foco del proyecto nacional de modernización hegemónico por el Estado, colonial primero y republicano después.

La cuestión historiográfica

Al comienzo de la década de los ochenta, cuando el debate historiográfico en términos político-ideológicos estaba —desde la perspectiva anglosajona— en pleno apogeo, Raphael Samuel (1984) casi reconvenía a sus colegas de profesión por la escasa disposición a la introspección en sus trabajos, por eludir la reflexión teórica sobre sus investigaciones, por dejar las cuestiones historiográficas, relativas a la construcción del conocimiento

histórico y sus concepciones, al cuidado de otros³. Quizás la misma reconvencción no hubiese sido tan necesaria para quienes entonces ya habían invadido el territorio de la investigación histórica a partir de otros horizontes y disciplinas. Pareciera que, luego de forzar el ingreso al gremio —no siempre aceptado y menos de buena gana— los asimilados se adentraban sin prurito en el fárrago epistemológico para poner orden, proponer brechas, rupturas y explicaciones. En la historia y la filosofía de la ciencia estas invasiones históricas muestran las más notables resonancias tanto en el ámbito latino como en el anglosajón. Así las cosas, resulta saludable recordar de entrada a Juan David García Bacca (1981, p. 7): “lo malo es que tan solo sé preguntar, y, cuando más, aventurar un inicio de comienzo de principio de respuesta”. Ante la modestia del filósofo navarro poco espacio queda para relativizar nuestra intrepidez.

Vincular la ciencia con la historia supone un compromiso, más bien un riesgo, por lo controversiales que han sido, y son, ambos campos del conocimiento. Delinearlas, en cuanto a su objeto, para apuntar acepciones de consenso, parece, en los dos territorios, tarea difícil. La historia, desde su constitución como disciplina profesional —departamentos universitarios, congresos, revistas, doctorados, asociaciones— desde finales del siglo XIX hasta hoy, ha pasado de la restricción de sus fronteras —para afirmarse frente a las otras disciplinas sociales entonces en medio de procesos similares— hasta la estimulante fragmentación actual de sus objetos de estudio pero en medio, también, de las crisis de definición que la invasión de nuevos territorios conlleva, sobre todo en cuanto a métodos y fuentes. La ciencia, por su parte, desde la unidad inicial de sus cultivadores al institucionalizarse en el siglo XVII, ha sufrido un proceso de definición de campos y de especialización cada vez más acotado. Así, una revisión del *Nomenclador UNESCO de Ciencia y Tecnología* ofrece hoy dos lecturas: la fragmentación —campo, disciplina, subdisciplina— que ajusta progresivamente el foco de su profundidad, mientras que el objeto fragmentado requiere, progresivamente también, conexiones transversales que escapan a fronteras por demás ilusivas. El crecimiento exponencial del conocimiento, la profundización y la fragmentación en la ciencia y en la historia se revelan cuando se acota la realidad.

Los estudios sobre la ciencia han seguido dos vertientes, no necesariamente contrapuestas aunque la evolución de encuentros y desencuentros todavía hoy muestra una amplia panoplia de matices; los nombres de las asociaciones internacionales y nacionales que agrupan a quienes se ocupan de ellos son un reflejo. La filosofía de la ciencia por un lado y la historia de la ciencia por el otro,

si bien podría sumarse a la tecnología en ambos campos y, para algunos, la sociología, que ha empujado lo suficiente como para entrar en el cuadro de honor.

Existe consenso en reconocer dos corrientes en filosofía de la ciencia: la que analiza el “lenguaje científico y su formalización” y la que “indaga los presupuestos metodológicos que identifican las ciencias” (Barona, 1994, p. 24). Por otra parte, los derroteros que mayor impacto teórico han tenido en la historia de la ciencia han provenido de quienes maridaron historia y filosofía, levantando fuertes controversias desde la acera de los historiadores. Así, las buenas intenciones del parafraseo kantiano de Imre Lakatos (1974, p. 11): “La Filosofía de la ciencia sin la historia de la ciencia es vacía; la Historia de la ciencia sin la filosofía de la ciencia es ciega” son jugosamente enfrentadas por Paolo Rossi en su apología de la historia de la ciencia, cuando además despacha como “revolución virtual” la emprendida en el mundo anglosajón desde el desconocimiento de los que no pertenecen a él (Rossi, 1990, pp. 56-88). Asumamos entonces, que “cada vez más, la comunidad de los historiadores de la ciencia [y la tecnología] aparece como un colectivo amplio, heterogéneo y variado en sus enfoques, métodos e intereses intelectuales”. Sólo le faltó a Josep Lluís Barona (1994, p. 38) incluir lo variopinto de los temas.

No es necesario ir muy lejos para comprobar empíricamente estos asertos. Los índices de nuestros libros colectivos, aun los de un ámbito de estudio acotado, muestran torceduras en las agrupaciones, disparidad en escalas, focos y tractos, y diversidad temática —instituciones, disciplinas y personajes—, mientras que la revisión de las bibliografías de los trabajos revela ausencias y adscripciones a campos de estudio y a escuelas teórico-metodológicas en la mayoría de los casos excluyentes. Una aproximación empírica de este tipo revela, también, la dimensión y el alcance de la otra invasión que aceptamos —historiadores y asimilados latinoamericanos de la ciencia y la tecnología— a la hora de abordar los estudios introductorios de nuestros libros colectivos. Peter Burke (2003), a propósito del debate entre acontecimiento y narración, luego de buscar apoyo en la filosofía francesa, argumenta ayudado por varios casos de novela histórica, sin embargo, deja mal sabor de boca reconocer que muy pocos entre nosotros recurriríamos con naturalidad a Manuel Vázquez Montalbán —*Franco y Galindez*— o a Roa Bastos —*Francia*— a la hora de una reflexión en esa línea.

Pero además de tener que lidiar con las claves globalizadas de esta otra y difícilmente evitable invasión, debemos afrontar la escasa atracción que despiertan nuestras historias fronteras afuera. Minusvalía —a veces

real, a veces no tanto— con la cual nuestros modestos asuntos se insertan en las corrientes que marcan el “concerto universal” dominante. Si nos limitáramos a “los acontecimientos o empresas nobles y positivas” los historiadores, y los de nuestra ciencia y tecnología en particular, quedaríamos —como ironiza José M. López Piñero (1993)— sin trabajo. En consecuencia, luce esencial situar en perspectiva comparativa la investigación histórica que realizamos a fin de ponderar la relevancia de nuestras instituciones y sus momentos. Sin embargo, nuestras contribuciones, resonancias y precariedades son, en primer lugar, asuntos internos.

Nuestra historia de la ciencia y la tecnología

Con la perspectiva anterior de análisis bajo el brazo, encontramos que aun la modesta producción de los últimos 20 años en Venezuela muestra trazas de estos perfiles y tensiones.

Los historiadores se adscriben a las corrientes historiográficas y hacen del abordaje del objeto de estudio asunto esencial: microhistoria, mentalidades, vida cotidiana, historia oral...; raros son los que asumen como objeto de estudio particular la ciencia y la tecnología. Si dejamos de lado trabajos episódicos, sólo un historiador ha logrado aglutinar a su alrededor un programa de investigación articulado a esos ámbitos sobre la salud pública —normativa legal, dispositivo administrativo, transferencias externas, actuaciones personales— que recorre con desigual densidad períodos de historia nacional.

Los invasores, actuando como historiadores asimilados, somos mayoría; provenimos de diversos campos: antropología, medicina, sociología, arquitectura, filosofía, urbanismo, ingeniería, filosofía... y de ellos no muchos han formalizado estudios históricos pero las heterodoxias asumidas no han dañado los análisis en rigor y profundidad. Sin embargo, los sesgos historiográficos que el historiador venezolano Germán Carrera Damas (1964) resalta en la investigación histórica venezolana —héroes, grandes períodos, acontecimientos, ausencia de temas-problema— se reproducen en algunos de los intentos recientes ligados a los estudios sociales de la ciencia cuando tratan de ofrecer útiles panorámicas completas que dejan fuera, inevitablemente, asuntos, instituciones o personajes necesarios a la hora de ofrecer valoraciones más complejas. Estos trabajos enfatizan la información —útil sin duda cuando todo parece por hacer— pero poco se acercan a fuentes documentales primarias, poco se inte-

resan por rescatar archivos inéditos; mucho, por el contrario, se riza el rizo con los mismos textos.

Otro grupo, del cual nos sentimos partícipes sin que nadie haya convocado o formalizado reunión alguna, asume en la práctica a Alexandre Koyré (1978, p. 381): “nadie puede ya escribir la historia de la ciencia, ni siquiera la historia de una ciencia” para recorrer en su eclecticismo, a retazos y en total libertad de agrupación: instituciones —de acción pública, de formación de recursos humanos, de investigación en ciencias básicas o aplicadas— disciplinas —científicas y tecnológicas—, temas y problemas —mirada de viajeros, petróleo, fomento y divulgación de resultados, ...—, períodos y acontecimientos. El objetivo es sumar, contribuir a una corriente aluvional al de trabajos que permitan salir de nuestro precario conocimiento de la historia social de la ciencia y la tecnología en Venezuela, atentos, eso sí, teóricamente hablando, a las invasiones aludidas.

La aproximación que proponemos acerca de las investigaciones históricas sobre la ciencia y la tecnología en Venezuela sin duda puede ser contestada, pero nos atrevemos a persistir en ella porque refleja que nuestras aportaciones, todavía modestas, a duras penas trascienden la recopilación. Un ejemplo sobre un asunto historiográfico de relieve como es la periodización pone de manifiesto la precaria solidez de nuestras aproximaciones. Así, para establecer períodos cuando se realiza un acercamiento de conjunto, se acude con excesiva ligereza a acontecimientos políticos o económicos de nuestro recorrido social a fin de asegurar cierta solidez en los tractos, pero sin que se trate de una asunción consciente del debate externalismo/internalismo, sino puro dejarse llevar. De modo que la historia de la ciencia y la tecnología aparece entre nosotros como una parte —y en eso llevan razón los historiadores al no hacer historia de la ciencia y la tecnología— de la historia social, de la historia de la cultura o, simplemente, un asunto que se distribuye aquí y allá dentro de la historia nacional⁴.

Nos falta, para decirlo sin tapujos, foco y profundidad, contextos menos provincianos y más cosmopolitas a fin de relativizar nuestras historias pero, sobre todo, un gusto por el archivo que deslastre a los invasores de las sucesivas y repetitivas vueltas de tuerca sobre textos que acumulan inconsistencias.

La construcción territorial y urbana

Así las cosas, la investigación histórica relativa al complejo proceso social de construcción territorial y urba-

na de un país, Venezuela en nuestro caso, además de afrontar el análisis de los múltiples registros de tal entresijo, debe asumir sin prejuicios lo inestable de sus límites, lo impreciso de sus bordes. No es que estos asuntos preocupen, sólo se trata de una seña para indicar que esa trama, que entrecruza sesgos y niveles, proyectos y realizaciones, espacios, umbrales y coyunturas, actores e instituciones, técnicas, normas y leyes, constituye un objeto de estudio adosado al mapa de la historia de la ciencia y la tecnología, y que como tal no puede quedarse al margen de las tensiones teórico-metodológicas que estos universos multidisciplinares arrastran.

Por fortuna, las distintas valencias semánticas de 'construir' —una ciudad, un territorio, un país, una nación— ayudan a moverse con comodidad en tan amplios escenarios. Si la ciudad y el territorio, además de asiento de hechos sociales, son producto complejo, directo o indirecto, de ellos, no parece sensato levantar fronteras, artificiales e impermeables, con la finalidad de deslindar disciplinas y cristalizar parcelas muchas veces inoperantes. Así, tanto una represa —*locus stivus* indiscutible— como la inmigración o la estadística, de mucho más precaria visibilidad espacial, se asimilarán sin traumas como piezas relevantes, como terrenos compartidos y articulables, a la hora de historiar el proceso de construcción social y física de una nación, perspectiva particular de nuestro interés. Pero este es un asunto a debatir, ya que el espectro de los planos a investigar en este proceso podría abarcar, digamos, desde las ciencias y las técnicas a la política doméstica y la internacional, pasando por las ideas y costumbres, aun a riesgo de que ello signifique tener que afrontar los reproches por una posible regresión enciclopédica y poner en duda el protagonismo de la división del trabajo en el progreso del conocimiento científico. Aquí no se trata ya de la cuestión de las fronteras sino del estatuto teórico asumido.

Enfrentar estos reclamos con rigor, recorrer la totalidad y el proceso para comprenderlos, explicarlos e insertarlos ambos en un discurso que, apegado a las fuentes documentales, las trascienda, tiene su precio: es necesario lidiar con los bloqueos historiográficos que pueden aprisionar el aliento requerido para forjar con destreza nuestra historia social de las ciencias y las técnicas; bloqueos tampoco muy distintos, es cierto, a los de nuestra historia general. Nada fácil superar la cronología, la enumeración detallada de batallas o sociedades científicas, la beatificación a veces amañada de médicos o próceres, la contabilidad exhaustiva de cantidades de obra en moneda o de temas en centimetrado por página de revista. Como tampoco es fácil librarse de las garigolas que des-

contextualizan la historia nacional de su urdimbre externa y las historias particulares de sus huellas transversales.

En sociedades como las nuestras, en las que desde el inicio mismo de la vida republicana las nuevas naciones asumieron un papel promotor de la ciencia, la técnica, la educación y la cultura, por más modesto que éste fuese, la solidaridad de estas jurisdicciones con el poder se mantuvo en las oleadas modernizadoras sucesivas que recorrieron el continente. El caso venezolano, por lo menos, confirma que la estrechez del vínculo no está en entredicho. Esta última perspectiva que tiene de protagonista al Estado como modernizador será, finalmente, una clave esencial para determinar los tractos cronológicos de la investigación histórica que hemos emprendido desde hace algunos años.

Vamos entonces a recorrer estos asuntos, para presentar una muestra de lo avanzado al respecto; la hoja de vida personal se hace inevitable.

Las fronteras

Al poco tiempo de haberse iniciado la línea de investigación acerca de lo que hoy nos atreveríamos a etiquetar como la genealogía de la planificación urbana en Venezuela a partir de la contratación en 1938 de Henri Prost, Jacques Lambert y Maurice Rotival, tuvimos la oportunidad de revisar el primer número de *Historia urbana* (1992), "revista de historia de las ideas y de las transformaciones urbanas", publicada en Valencia (España). Es posible comprobar allí que la iniciativa española era de alguna forma —y con evidente retraso— tributaria de la emprendida en Milán, en 1977 bajo el mismo título, *Storia Urbana*, "revista de estudios sobre las transformaciones de la ciudad y del territorio en la edad moderna", que ya iba entonces por el número 57, y hoy por más de 80. En ambos casos la perspectiva histórica sobre la ciudad y el urbanismo daban muestras suficientes, con la simple revisión de los títulos de los artículos, de que allí encajaban sin demasiados problemas los temas que venía trabajando. Sin embargo, un pretencioso artículo, de esos que intentan aclarar cuestiones metodológicas, desafiaba de entre los demás dedicados al análisis de hechos particulares. En ese artículo, titulado "*Problemas de investigación en 'Historia Urbanística'*", se establecían precisas distinciones entre historia urbana e historia urbanística, historia de las ciudades e historia de las intervenciones urbanísticas, y por ahí se iba el autor hasta oponer a los que consideran el espacio de la ciudad "como una entidad física que soporta un hecho social" y los que lo consideran "como una entidad que tiene su propio pro-

ceso de producción". Aquel dilema me tuvo un tiempo inquieto, hasta que con cierta dosis de irresponsabilidad me olvidé de él para seguir ocupándome de mis asuntos.

Pero no debía de estar tan enterrado este dilema entre "externalismo" e "internalismo" cuando, en ocasión de la publicación de un segundo libro en solitario, en vez de buscar como lo hice la primera vez la legitimación de un historiador de oficio, traté de justificar las razones por las cuales un arquitecto-urbanista, historiador asimilado —invasor—, se ocupaba de estudiar al presidente Antonio Guzmán Blanco desde la perspectiva de la relación de los funcionarios públicos con el poder. Siguiéndole la pista al autor del pretencioso artículo (Alfonso Álvarez Mora, 1996) encontré otro posterior titulado "La necesaria componente espacial en la Historia Urbana" en el que dice textualmente: "hoy deseamos matizar estas diferencias [entre historia urbana e historia urbanística] planteando que la cuestión no debe presidir tanto los aspectos diferenciales como la idea de que la historia, cuando ésta trata de analizar un fenómeno tan complejo como es la ciudad, debe concebirse como un ejercicio científico en el que el componente espacial debe tener un lugar preponderante", aunque después da permiso para continuar utilizando la denominación de historia urbana: "concepto que podemos seguir manteniendo cuando hablamos de estas cuestiones" (Álvarez Mora, 1996, p. 29).

Mucho menos dogmático, Juan Luis Piñón, el director de la fallida revista *Historia Urbana*, en un artículo titulado "Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana", dice cosas como éstas: "la historia urbana, como historia específica que entiende de la ciudad y de los procesos urbanos, suele presentarse como un reducto temático en el que de una u otra forma participa la ciudad no como objeto diferenciado sino como soporte o vehículo de otra historia cuyos objetivos identificamos con la demografía, la economía, la geografía, la sociología, etc. Con ello no pretendemos acotar contenidos, ni métodos, ni tan siquiera esbozar una aproximación a la historia urbana, sino el reconocimiento de un orden discursivo amplio y preciso a la vez, suficiente para despejar las dudas sobre la ciudad como ente específico, o sobre la entidad de lo urbano, o sobre las demás circunstancias que influyen en la conformación de la ciudad y en sus procesos constructivos (Piñón, 1996, p. 15).

A partir de aquí, el autor va recorriendo algunos objetos de estudio para abrir o cerrar los márgenes. Así, el higienismo, lo público y lo privado, el plano, la producción inmobiliaria, la legislación, los alquileres, etc. se van desplegando como asuntos pertinentes sobre cuya especificidad quedan pocas dudas pero sobre los cuales las

conexiones externas son determinantes a la hora de avanzar en una investigación histórica consistente. Insiste Juan Luis Piñón en que del recorrido temático no se debe deducir la defensa de una historia urbana cerrada en sí misma, dispuesta a dejar en sus márgenes todo aquello que no se someta a la férrea disciplina de lo urbano. Al contrario, pensamos —dice el autor— que el valor del reconocimiento de cualquier especificidad histórica, urbana, rural, política o de cualquier otro tipo radica, paradójicamente, en la diversidad de su contenido, en la imprecisión de sus límites, en todo aquello que aconseja una continuada reformulación del conocimiento (Piñón, op. cit., p. 28).

Finalmente, para avalar con un principio de autoridad incuestionable del ámbito académico español, menciono a Fernando de Terán quien, en un artículo en el que recorre, sitúa y organiza los trabajos sobre *Historia Urbana* moderna en España, pone de manifiesto la heterogeneidad y la fragmentariedad de la historia urbana como resultado inevitable de la "indefinición y exceso de generalidad del propio objeto unificador, es decir lo urbano" pero, también, como encuentro y diálogo entre las historias generales y las ciencias sociales (de Terán, 1996, p. 88).

A modo de ejemplo ofrece una anécdota contundente. En 1984 —dice Terán— el Instituto de Urbanismo de Berlín puso en marcha un proyecto comparativo internacional de Historia Urbana en Europa, que después incluyó a Estados Unidos y Japón. Para ese proyecto los participantes recibieron unas instrucciones homogeneizadoras y campos temáticos en los cuales insertarse con los siguientes epígrafes: "concepto y definición de ciudad, tipos de ciudades; política, legislación y Constitución; población y estructura social, demografía, migraciones, actividades, movilidad social, minorías, formas de vida; planteamiento urbano y política de vivienda, arquitectura urbana, precios del suelo, infraestructuras urbanas; economía y transporte, desarrollo económico, sectores, planeamiento del transporte; artes y ciencias, facilidades, culturales, enseñanza, prensa, política municipal, ciudadanos, iglesias, [...] Por eso, [continúa Terán] entre otras cosas, ese encuentro a nivel internacional me enseñó a no temer a la amplitud de contenidos ni a la heterogeneidad temática, y a buscar la Historia Urbana un poco en todas partes" (*Ibid.*, p. 89, nota).

De modo que es difícil proponer un "conocimiento coherente" porque "es imposible ensamblar y cohesionar todos los conocimientos especializados que proporcionan las aproximaciones sectoriales". En los años que tiene esta disciplina —sigue explicando Terán— lo que ha crecido es la convicción de que: "la ciudad con-

temporánea es globalmente incomprensible, y que su conocimiento no puede dejar de ser parcial y fragmentario. Y si esto es así para el conocimiento, es casi seguro que también lo es para la construcción de su historia". Es inevitable, entonces, que lo que debemos hacer con la mayor modestia es "acopiar materiales para su construcción" (*Ibid.*, p. 107).

Pero, para que no se piense que se ha recurrido al principio de autoridad de un destacado invasor como representante de la disciplina, veamos lo que al respecto dice Eric Hobsbawm, profesor emérito de historia social y económica de la Universidad de Londres, y uno de los más reconocidos historiadores de nuestro tiempo. En un texto titulado "Sobre la historia" plantea reflexiones similares sobre la historia urbana al referirse a ella como "un recipiente grande cuyo contenido está mal definido, es heterogéneo y a veces indiscriminado. Incluye cualquier cosa que se refiera a las ciudades. Pero está claro que plantea problemas relacionados de modo especial con la historia social" (Hobsbawm, 1998, pp. 96-97).

Al ser la ciudad la forma mayoritaria de vida de las sociedades actuales, en su relativamente unitario ámbito geográfico y en su necesaria articulación con un sistema espacial mayor, converge, se articula, una investigación histórica que atraviesa de lo cultural a lo tecnológico, pasando por cada uno de los tejidos que componen la vida social. Ya no se trata sólo de convertir a la ciudad en objeto de estudio sino de integrarla dentro de la historia del proceso de urbanización para llegar a incorporar historias particulares en las que el componente morfológico-espacial tendrá según los casos mayor o menor sustantividad. Así, la historia de la industria de la construcción, de la vivienda popular, del urbanismo, de la planificación urbana, de la legislación o de las instituciones, del transporte y la vialidad, del uso del espacio social, ... son historias todas que forman parte de una trama sin que sea, en nuestra opinión, posible desgajarlas de ella, sobre todo si queremos historiar la *costra técnica* producida, conservada, demolida o reconvertida para el desarrollo de los distintos horizontes de la vida en sociedad⁵.

En este campo de estudio denominado por resumida convención 'historia urbana' pero *in extenso* historia social de los complejos procesos (económicos, políticos, tecnológicos, geográficos, morfológicos, culturales) de construcción territorial y urbana de Venezuela, se viven a plenitud las tensiones —exageramos intencionalmente los extremos— entre una tendencia cientificista que fragmenta y desintegra la historia, que se cierra sobre sí misma en territorios acotados, autónomos, y que asume el camino de especialización de las "ciencias duras", y otra

tendencia según la cual "la historia no es una ciencia y no lo será jamás, a menos que deje de ser ella misma" (palabras de Paul Veyne, reconocido filósofo de la historia), aún a riesgo de una posible censura por la "regresión enciclopédica", parece saludable situarse a conciencia en un estrato empírico y teórico como el descrito.

El programa de investigación

Son escasos y relativamente recientes los estudios históricos sobre la construcción territorial y urbana del país. Cuestiones como: la constitución del urbanismo como disciplina diferenciada y su traumática búsqueda por alcanzar una raigambre científica, sus orígenes entre nosotros con la correspondiente evaluación de traducciones, trasplantes y asimilaciones; las obras públicas como materialidad de progreso o ideología de bien común; el papel del Estado, sus instituciones y los organismos de actuación, divulgación y control; el desarrollo de las disciplinas involucradas, arquitectura e ingeniería, en primer término, junto con el papel de los funcionarios y sus agrupaciones profesionales, científicas o culturales, corresponden todas, entre muchas otras, a historias que ayudan a componer este tablero de amplios horizontes.

El programa de investigación *Historia social de la construcción territorial y urbana de Venezuela*, se ha paseado con desigual densidad por algunas de las cuestiones enunciadas pero ello no hubiese sido posible sin el concurso de varias herencias irrecusables. Por una parte, las que lo emparentan con la historia social de las ciencias y las técnicas, definida desde los estudios que acompañan las ediciones de las obras completas de personajes como José María Vargas, Luis Razetti o Adolfo Ernst, o por los que recorren instituciones, disciplinas o tratos temporales en los trabajos de Hebe Vessuri, Yolanda Texera, Humberto Ruiz Calderón, Yajaira Freites. La otra herencia la componen los trabajos de encargo de Eduardo Arcila Farías sobre la ingeniería y el Ministerio de Obras Públicas o los de Leszek Zawisza. Dentro de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV, los textos de Juan Pedro Posani y Graciano Gasparini, desde la perspectiva de la historia de la arquitectura, han sido fundamentales, con el relevo posterior de Ciro Caraballo, pero sobre todo de Manuel López, y la continuidad en los trabajos de una nueva generación: Juan José Pérez Rancel, Noris García, Beatriz Meza, Silvia Hernández y Alfonso Arellano en la Universidad Nacional Experimental del Táchira, así como los de Arturo Almandoz y Lorenzo González Casas en la Universidad Simón Bolívar. A ellos es posible incorporar los muy recientes aportes de Izaskun Landa, Rosario Salazar

y José Enrique Blondet, profesores exitosamente incorporados al programa de investigación *Historia social de la construcción territorial y urbana de Venezuela* que, además de vitalizarlo, lo han abierto cronológicamente desde el trazo final del período colonial en el siglo XVIII hasta el período republicano anterior a los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco.

Si bien nos hemos referido a un ámbito académico restringido, la diversidad temática es incuestionable. Se trata de piezas para ir componiendo perspectivas de una misma historia sin intención de construir una historia general comprensiva. El subtítulo 'Apuntes para una historia de la construcción del país' que acompaña al libro *Planes, planos y proyectos para Venezuela, 1908-1958*, no esconde, entonces, la pretensión de que un día los "apuntes" se ensamblarán para formar un todo coherente, organizado y unitario. Un texto sobre la Venezuela republicana, al estilo de la *Historia del urbanismo* que Paolo Sica escribió sobre el mundo, nos es ajeno en capacidades e intenciones, así como en las posturas asumidas. Así pues, la "Historia social de la construcción territorial y urbana de Venezuela desde finales del siglo XVIII hasta las cinco primeras décadas del siglo XX" es solamente el título de un programa de investigación armado a partir de proyectos y cuyos resultados deben ser leídos como fragmentos relativamente autónomos sin ilusión, intención o posibilidad de síntesis.

Nodos temáticos y cronológicos

Un encargo fue el percutor inicial. En 1988, el Consejo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV tuvo la iniciativa de conmemorar con un libro y una exposición los 50 años del Plan Urbano de Caracas de 1939. Para ello convocó a un grupo de profesores bajo la coordinación de Marta Valmitjana. Como las efemérides tienen por costumbre ensalzar, me adscribí al proyecto bajo la sola condición de que no era obligatorio hablar bien de Maurice Rotival. Me reuní con Manuel López y Alfredo Cilento, solicité consejo y asesoría, me apoyaron y facilitaron unos primeros documentos del Archivo de la Gobernación del Distrito Federal, y así comenzó el primer proyecto de investigación histórica. En ese texto, terminado en abril de 1989 y publicado en 1991, aparecen ya los ingredientes de una *historia urbana* con buenas dosis de historia política, algunas de historia de las ideas urbanísticas, de su importación y trasplante, mucho de los orígenes del negocio inmobiliario. Sin tener idea entonces de quién era Leopoldo Ranke, tuve desde ese momento una fuerte obsesión por los archivos y los documentos origi-

nales, que después supe era conveniente dosificar aún a sabiendas de la necesidad de enfrentarlos críticamente. Maurice Rotival y Jacques Lambert se convirtieron también en objeto de atracción cuando constaté que uno había vuelto al país durante el trienio de Acción Democrática al crearse la Comisión Nacional de Urbanismo y creí que el otro no lo había abandonado nunca. Así, el momento del *Plan Monumental de Caracas* de 1939 se encadenó con facilidad con el momento del *Plano Regulador de Caracas* de 1951 y luego con la *Acción sobre Caracas* de Maurice Rotival en 1959 como límite temporal máximo de contemporaneidad. Ello dio origen a dos proyectos. El primero sobre la construcción de Caracas durante la gestión en la Gobernación del Distrito Federal de Guillermo Pacanins, hermano de Tomás Pacanins, ministro de Obras Públicas entre 1936 y 1938, quien había impulsado un plan urbano para Caracas desde el MOP y se opuso a la contratación de los urbanistas franceses. La gestión de Guillermo Pacanins, entre 1950 y 1958, cubría sin duda una parte significativa de la construcción de la Caracas moderna, de la que algunos de los protagonistas estaban vivos y pudieron ser entrevistados: Gerardo Sansón, ministro de Obras Públicas; Pedro Pablo Azpúrua, ingeniero municipal; Leopoldo Martínez Olavarría, presidente de la Comisión Nacional de Urbanismo; algunos de los ingenieros municipales del Distrito Sucre, y hasta el gobernador, Guillermo Pacanins (ver *Diálogos reconstruidos para una historia de la Caracas moderna*, 2004).

El otro proyecto, sobre la vulnerabilidad de la morfología urbana de Caracas y su capacidad de resistencia a los planes urbanos de 1939, 1951 y 1959, fue maquillado de ciencia para que lo aprobase el CONICIT. Con este proyecto se dio inicio a uno de los fiascos mayores de todo el programa de investigación hasta la fecha. Primero se trató de construir un aparato teórico en términos de dinámica urbana, recurriendo a la analogía con los conceptos de la física —roce, elasticidad, fatiga, cinética y cinemática... que fue por lo menos divertido aunque inútil. Como en el proyecto el componente espacial era muy evidente, se adquirieron las fotografías aéreas de tres vuelos de la ciudad, se compraron los equipos de lectura y medición y, por otra parte, se obtuvieron de las ingenierías municipales de Sucre y el Distrito Federal los planos de las urbanizaciones, se hicieron mediciones para establecer coeficientes a partir del espacio público y del privado y, para poder avanzar en este análisis de dinámica urbana, se registraron las series de permisos de construcción y así establecer en cada urbanización diagramas de la presión por construir para correlacionarlos con las otras dimen-

siones del proceso. Ese énfasis en la dimensión espacial, física, morfológica de la construcción de Caracas se fue poco a poco asentando. Diría hoy que fue en ese momento en el que la historia de la construcción territorial y urbana se hizo social.

El resultado más amplio de estos proyectos de investigación fue *Planes, planos y proyectos para Venezuela, 1908-1958 (Apuntes para una historia de la construcción del país)*, terminado en febrero de 1991, aunque publicado en 1994. Pedro Beroes, el historiador de oficio al que por temores de invasor solicitamos el prólogo, aseguró que se trata de un tipo de investigación en la cual el conocimiento, la comprensión y la explicación de los procesos sociales —en sus tres dimensiones clásicas: estructura económica, jurídico-política o ideológica en la matriz del materialismo histórico; arado, espada y libro o producción, coerción y conocimiento, según otros— se situaba constantemente en sus expresiones temporales y espaciales. Y ello de acuerdo con principios axiomáticos irrecusables. Por una parte, articulación constante de la totalidad y del proceso analizando cada hecho para reflexionar el conjunto, lo que algunos denominan principio de desarrollo inmanente y secular de la explicación e interpretación histórica según el cual todo acontecimiento está conectado o determinado por otros precedentes que pueden incluir lo fortuito. En segundo lugar, manejo y análisis crítico de fuentes esencialmente directas o primarias apuntalando, con las referencias, el principio crítico de verificabilidad de las pruebas. En tercer lugar, recurso al principio de significación temporal por medio de la cronología que permite la exclusión de todo anacronismo. Y, finalmente, rescate del contexto internacional para una ajustada comprensión del vernáculo. Hoy, en perspectiva, me atrevo a apuntar que se pretendía probar dos cosas: que el proceso de construcción territorial y urbana de Venezuela entre 1908 y 1958 había logrado desarrollarse sin solución de continuidad a pesar del grueso volumen de los acontecimientos nacionales e internacionales que marcaron el tracto seleccionado, y que Caracas mantuvo incólume, durante ese período, su capacidad de atraer para sí una porción variable pero siempre muy significativa de los presupuestos del Estado.

Entonces no sabíamos, pero ahora sí, que para reconstruir el complejo proceso histórico abordado era necesario recurrir a una compleja diversidad de fuentes, asunto éste que forma parte indisoluble de la investigación de la *historia del tiempo presente* en cuya corriente nos insertamos por casualidad, sin saber que ella debía enfrentar los prejuicios tradicionalmente adjudicados a la posibilidad de historiar con rigor el pasado más reciente.

El referente para establecer 1958 como límite, en relación sobre todo a Caracas, había sido que allí podía fijarse el principio del fin de la utopía moderna de su construcción y control, el paso de ciudad a metrópoli. Como referencia teórico-metodológica el apoyo fue la densa figura del historiador Germán Carrera Damas que alertaba sobre “el alto componente de contemporaneidad” con el cual debía lidiar la investigación histórica de la sociedad venezolana; pero desconocíamos la repetida anécdota que refiere Marc Bloch, a propósito del debate pasado-presente, sobre la advertencia de uno de sus profesores de historia: “lo que sucede a partir de 1830, ya no es historia”. Aunque el año límite debe desplazarse inevitablemente cada cierto tiempo —1914, 1939, 1976...—, quienes niegan la posibilidad de que “los hechos más cercanos a nosotros son, por lo mismo, rebeldes a todo estudio realmente sereno”, repiten que lo que sucede, de tal año en adelante, ya no es historia, sino política, sociología o periodismo (Bloch, 1996, pp. 148-149). La necesidad de una imprecisa distancia temporal como remedio para poder acercarse con la “garantía indispensable” a los acontecimientos, tal como la califica François Bédarida, es una trampa (Bédarida, 1998, pp. 19-27)⁶. Ni los tractos más lejanos tienen asegurado por serlo una mayor dosis de objetividad en la reconstrucción, ni la pureza absoluta es posible. Eso lo sé hoy, quizás si lo hubiese sabido entonces en vez de remontarme hacia el pasado me habría acercado más al presente.

Ahora bien, el primer período de estudio: 1908-1958, había sido propuesto a partir de dos acontecimientos que a modo de claves políticas han marcado la historia del tiempo presente venezolano: inicio del régimen de Juan Vicente Gómez y caída del régimen de Marcos Pérez Jiménez. Claves políticas reforzadas por dos regímenes que habían hecho de las obras públicas un emblema particularmente acentuado. De modo que cuando nos planteamos abrir el período hacia un pasado más lejano no hicimos sino bajar en clave política hasta el inicio mismo de la vida republicana independiente de la nación para evadir, así lo percibimos después, la necesidad de argumentar sobre la consistencia que tal fecha podía tener desde la perspectiva de la historia particular que se deseaba abordar. El período 1830-1958 con el cual se formularon y emprendieron dos proyectos hace aguas desde nuestra visión actual, tanto por lo que de búsqueda de los “orígenes” encierra como por albergar, aunque fuese inconscientemente, la posibilidad de escribir un texto de segmento temporal forzosamente unitario. No teníamos, por otra parte, experiencia previa sobre el siglo XIX el cual, desde el punto de vista de las fuentes documenta-

les, bibliográficas y hemerográficas disponibles, presentaba características diferentes a las del siglo XX. Al comenzar a constituir, a partir por ejemplo de la Recopilación de Leyes y Decretos, Gacetas y otras publicaciones oficiales nacionales y municipales, remisiones temáticas —inmigración, gremios y educación, ejidos, tierras baldías y expropiación por causa de utilidad pública, localización de actividades, saneamiento, servicios de alumbrado público...— los períodos y los cambios diferían de un asunto a otro, tanto por su propia naturaleza como por los vínculos con otros igualmente significativos. Esta documentación, junto a los textos y revistas del siglo XIX consultados, mostraría, además de una clara evolución a lo largo del siglo, las articulaciones con la herencia colonial, sobre todo del final del siglo XVIII, cuando las reformas borbónicas movieron la estructura institucional del territorio venezolano de entonces. Así, un período que fuese desde finales del siglo XVIII hasta el fin de la Guerra Federal, otro desde Antonio Guzmán Blanco hasta los años veinte del siglo XX y, finalmente, un último período hasta el último tercio del siglo XX, luce ahora como más consistente sin atenerse exclusivamente a las marcas políticas para establecerlos. En esta posibilidad, aún no madurada a cabalidad, de hacer “desaparecer” el período 1830-1908 tuvo una enorme responsabilidad el libro póstumo de Gastón Carvallo *Próceres, caudillos y rebeldes*, publicado en 1994, pero que cayó en nuestras manos varios años después, y cuyo subtítulo ‘Crisis del sistema de dominación 1830-1908’, a pesar de tratarse de una perspectiva política, ha permitido repensar la cuestión de la periodización, clave para todo historiador pero sobre la cual se actuaba como invasor improvisado a la hora de tratar de construir con la información recogida discursos plausibles sobre los temas abordados.

Volviendo hacia atrás, la posibilidad de un año sabático en 1992 se abrió hacia un tema trabajado hasta el momento lateralmente: el papel de la inmigración europea que se insertó con facilidad en los distintos niveles del sector de la construcción. La selección del exilio y la inmigración española resultó natural por razones personales y por la fuerte presencia en el país, desde el final de la guerra civil española, de arquitectos, ingenieros, constructores, maestros de obra, albañiles, peones. Ese tema, iniciado durante el sabático, se convirtió al regreso en proyecto formalizado que continúa abierto con otras perspectivas y que ha permitido la publicación de muy diversos textos, entre ellos el rescate de la figura de Fernando Salvador, último representante diplomático de la República Española en Caracas, arquitecto e iniciador de la arquitectura sanitaria en el Ministerio de Sanidad y

Asistencia Social (cf. “Los olvidados. Fernando Salvador y la arquitectura sanitaria en Venezuela”, en *Tecnología y Construcción* 14-I: 21-34, 1998).

A partir de 1993 el hilo de Ariadna que enlazó este programa sobre la historia de la construcción física y social de la Venezuela republicana está signado por una fragmentación que plantea dos niveles. Cuando Fernando de Terán reconocía la diversidad temática de la historia urbana pareciera que se la estaba acuñando al conjunto de la disciplina, pero como si cada investigador particular estuviese especializado en un segmento. Ese no es el caso, como es posible comprobar por los títulos de los proyectos y, sobre todo, por los de las publicaciones que certifican la fragmentación y la heterogeneidad en la exposición de resultados. Allí se encuentran diversos ámbitos espaciales (territorio nacional y Caracas, indirectamente Francia y España); períodos de muy distinta cobertura (1936-1957; 1908-1958; 1946-1957; 1874-1976, 1936-1950, 1936-1938, 1864-1887); personajes (Antonio Guzmán Blanco, Fernando Salvador, Jesús Muñoz Tébar, Maurice Rotival, Guillermo Pacanins, Tomás Pacanins, Leopoldo Martínez Olavarría, Jacques Lambert); instituciones (Ministerio de Obras Públicas, Comisión Nacional de Urbanismo, Concejo Municipal de Caracas, Ministerio de Fomento, Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Universidad Central de Venezuela); disciplinas (urbanismo, ingeniería, arquitectura, medicina y salud pública, educación, ciencias sociales, ciencias políticas, historia, ciencia y tecnología); coyunturas demográficas, políticas y diplomáticas (exiliados de la Guerra Civil española y refugiados de la Segunda Guerra Mundial) en relación a la inmigración selectiva, su incorporación y sus aportes a la formación de recursos humanos y a la administración pública venezolana; registros legales y normativos.

Para concluir

De este recorrido en clave de agradecimiento debe quedar claro que se ha destacado con nombre propio a los que han ido forjando el desarrollo determinante de una herencia intelectual y un programa académico. Buena parte de ellos son autores nacionales y extranjeros emblemáticos. Pero como apuntábamos en los antecedentes, el trabajo directo iniciado con algunos de los investigadores del IDEC es el que ha permitido apuntalar ámbitos comunes de investigación, como la historia social de la ciencia y la tecnología en Venezuela, que se mantienen exitosamente activos en nuestros días.

Notas

1 Era el cobro de las facturas atrasadas que guardaba una parte del partido político que había controlado históricamente la facultad. Facturas con intereses acumulados por la actuación académica del grupo de profesores durante la Renovación y luego de la intervención militar de la UCV por el gobierno de Rafael Caldera en 1969. En el fragor de la campaña de anónimos Ralph Erminy plasmó en un solo calificativo —mezquindad— la descalificación académica y profesional contra “HH Decano”.

2 Partes de ese trabajo están publicadas: “Del optimismo tecnofílico al pesimismo tecnofóbico” *Tecnología y Construcción* 3: 116-133 (1987); “Entre el apocalipsis y la utopía”, *URBANA* 8: 93-103 (1988); y, Crecimiento urbano, expansión y concentración (1989). Colección Espacio y Forma n° 22, CID – FAU, Caracas

3 ver Samuel, 1984, capítulo “Historia y teoría”; también Burke, 2003.

4 De manera consciente no ha sido citado en esta sección ningún investigador en particular, ni ninguna de sus publicaciones, con la intención de que si surge la polémica ésta pueda centrarse sobre el fondo, al margen de la intoxicación que producen los nombres propios.

5 El término costra técnica proviene de George, 1975, p. 13.

6 Bédarida, 1998, pp. 19-27. Bédarida es el mentor fundamental de esta corriente historiográfica y director del Institut d’Histoire du Temps Présent.

Referencias bibliográficas

- Arellano Cárdenas, Alfonso José (2005) *La Unidad de Diseño en Avance del Banco Obrero: vivienda, técnica y metrópoli, 1961-1969*. Caracas, 2005 (tesis doctoral inédita).
- Barona, J. L. (1994) *Ciencia e historia. Seminari d’estudis sobre la ciencia*. Valencia, España.
- Bédarida, F. (1998) “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente” en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 29, pp. 19-27.
- Bloch, M. (1996) *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Burke, P. (ed.) (2003) *Formas de hacer historia*. 2ª ed. corregida y ampliada. Alianza Editorial. Madrid.
- Carrera Damas, G. (1964) *Cuestiones de historiografía venezolana*. Ediciones de la Biblioteca Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- Carvalho, Gastón (1994) *Próceres, caudillos y rebeldes. Crisis del sistema de dominación 1830-1908*. Editorial Grijalbo, Caracas.
- Crecimiento urbano, expansión y concentración* (1989). Colección Espacio y Forma n° 22 CID – FAU, UCV, Caracas.
- de Terán, F. (1996) “Historia urbana moderna en España. Recuento y acopio de materiales”, *Ayer*, 23.
- Diálogos reconstruidos para una historia de la Caracas moderna* (2004) CDCH-UCV, Caracas.
- García Bacca, J. D. (1981) *Ciencia, técnica, historia y filosofía en la atmósfera cultural de nuestro tiempo*. Ediciones de la Biblioteca de la UCV. Caracas.
- George, P. (1975) *La era de las técnicas: ¿construcciones o destrucciones?* MonteÁvila Editores. Caracas.
- Hobsbawm, E. (1998) *Sobre la historia*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Koyré, A. (1978) *Estudios de historia del pensamiento científico* (segunda edición). Siglo XXI Editores, México.
- Lakatos, I. (1974) *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*. Editorial Tecnos, Madrid.
- López Piñero, J. M. (1993) “La tradición de la historiografía de la ciencia y su coyuntura actual: los condicionantes de un congreso”, en: A. Lafuente, A. Elena y M. L. Ortega (eds.) (1993) *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*. Ediciones Doce Calles, Aranjuez.
- Lovera De Sola, Alberto (2005) *Los orígenes del IDEC. Del Banco Obrero a la UCV: Buscando un lugar para la innovación de la construcción*. Cendes-UCV. Caracas.
- Martín Frechilla, Juan José (1987) “Del optimismo tecnofílico al pesimismo tecnofóbico” *Tecnología y Construcción* 3: 116-133 (1987).
- Martín Frechilla, Juan José (1988) “Entre el apocalipsis y la utopía”, *Urbana* 8: 93-103. FAU-UCV, Caracas.
- Martín Frechilla, Juan José (1994) *Planes, planos y proyectos para Venezuela, 1908-1958* (Apuntes para una historia de la construcción del país), terminado en febrero de 1991, aunque publicado en 1994. CDCH/Fondo Editorial Acta Científica. Caracas.
- Martín Frechilla, Juan José (1998) “Los olvidados. Fernando Salvador y la arquitectura sanitaria en Venezuela”, en *Tecnología y Construcción* 14-I: 21-34, 1998.
- Martín Frechilla, Juan José (en prensa) “Otro espacio apropiado para los estudios urbanos (Memoria personal al hilo de una efemérides: FAU-UCV 1953-2003)”, en: Azier Calvo Alvizu (editor) *Facultad de Arquitectura y Urbanismo 1953-2003. Aportes para una Memoria y Cuenta*. Ediciones FAU-UCV. Caracas.
- Piñón, J. L. (1996) “Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana”, *Ayer*, 23.
- Rossi, P. (1990) *Las arañas y las hormigas. Una apología de la historia de la ciencia*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Samuel, R. (ed.) (1984) *Historia popular y teoría socialista*. Editorial Crítica. Barcelona.